

VLADÍMIR SOLOVIOV

LA JUSTIFICACIÓN DEL BIEN

Ensayo de filosofía moral

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2026

HERMENEIA

95

Colección dirigida por
Miguel García-Baró

© Traducción de José María Vegas sobre el original ruso *Оправдание добра*.
Introducción e índices de Francisco José López Sáez

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2011
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2283-7
Depósito legal: S. 426-2012
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de Francisco José López Sáez	7
--	---

LA JUSTIFICACIÓN DEL BIEN

<i>Prefacio a la segunda edición</i>	15
<i>Prefacio a la primera edición</i>	19

INTRODUCCIÓN

La filosofía moral como ciencia autónoma	33
--	----

Primera parte

EL BIEN EN LA NATURALEZA HUMANA

1. Los datos primordiales de la moralidad	59
2. El principio ascético en la moralidad	77
3. Compasión y altruismo	97
4. El principio religioso en la moralidad	117
5. Las virtudes	133
6. Falsos principios de la filosofía práctica (Crítica del eudemonismo abstracto en sus diferentes formas)	157

Segunda parte

EL BIEN PROCEDENTE DE DIOS

1. Unidad de los principios morales	179
2. El principio absoluto de la moralidad	207
3. La realidad del orden moral	229

Tercera parte

EL BIEN A TRAVÉS DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

1. Persona y sociedad	249
2. Las épocas principales del desarrollo histórico de la conciencia individual y social	271
3. El subjetivismo abstracto en la moralidad	301
4. La norma moral de la vida social	315
5. La cuestión nacional desde el punto de vista moral	333
6. La cuestión penal desde el punto de vista moral	359
7. La cuestión económica desde el punto de vista moral	389
8. Moralidad y derecho	427
9. El sentido de la guerra	451
10. La organización moral de la humanidad en su conjunto	477

CONCLUSIÓN

El sentido moral de la vida en su definición definitiva. Traspaso a la filosofía teórica	543
--	-----

<i>Índice de nombres</i>	551
<i>Índice de citas bíblicas</i>	555
<i>Tabla de materias</i>	559

PRESENTACIÓN

EL BIEN JUSTIFICADO,
O UNA FILOSOFÍA DE LA ESPERANZA

Francisco José López Sáez

¿Qué hacer cuando la realidad concreta desmiente las esperanzas y parece que no quedan rincones donde el mal no se enseñoree? ¿Apagar la vigilancia en el carnaval de los sentidos? ¿Entregarse a lo inevitable congelando toda pregunta en un mundo idealizado? A lo largo de los últimos diez años de su vida, el filósofo ruso Vladimir Soloviov hubo de afrontar el fracaso de sus esfuerzos mesiánicos por implantar en la historia el Reino de la Verdad. En efecto, tras haber dedicado la mayor parte de su tiempo y de sus energías a promover la unión de las iglesias, se encontró con que tal proyecto parecía quedar reducido a un sueño imposible. La historia colectiva de la humanidad no era el espacio en el que la uni-totalidad de la sabiduría divina se iba encarnando progresivamente en un proceso sin rupturas, tal como proponía el joven Soloviov en sus tempranas lecciones¹.

¿Qué respuesta puede dar el filósofo lúcido ante la victoria aparente del mal? Nuestro autor realiza durante esos años –como si de un verdadero canto del cisne se tratara– su gesto ético maduro: reconocer el mal en su espesor incluso apocalíptico y, a pesar de ello, mirar al Bien, no apartar de él la vista. Esta actitud impregna el libro que presentamos y lo convierte no sólo en su *opus magnum*, sino en una obra perenne de importancia capital también para el presente.

En efecto, el misterioso y algo ingenuo *caballero de la Sofía* se empuña en la *justificación* racional del Bien. Su primera intención había sido encabezar este amplio estudio con el título *La verdad del Bien*. Cobra, por tanto, protagonismo, desde la tan querida tradición filosófico-

1. Cf. V. Soloviov, *Teohumanidad. Conferencias sobre filosofía de la religión*, traducción y presentación de Manuel Abella, Sígueme, Salamanca 2006.

religiosa rusa, el término *pravda*, la verdad-justicia, es decir, la verdad que se *verifica* actuándose como justicia. El Bien que el filósofo justifica en la doctrina lo había verificado ya con su propia vida: se ha hecho proverbial la coherencia extrema de este pensador con sus propios ideales, demostrada en sus diligentes esfuerzos durante la hambruna que había asolado Rusia en 1891; la muerte encontrará al filósofo en el paso de siglo (31 de julio de 1900) desprovisto de todos sus bienes, que había repartido entre los mendigos de Petersburgo. Pero quizá su legado más generoso a los tiempos que corren sea precisamente esta obra, que salió a la luz tres años antes de su muerte, en 1887.

Basta con que repasemos con detenimiento el detallado índice final de los temas que se tratan en la obra para convencernos de que Soloviov nos ofrece un auténtico sistema de filosofía moral de enorme actualidad. La argumentación está basada en una fenomenología de los datos naturales de la moralidad humana, constituidos por los sentimientos del *pudor*, la *compasión* y la *piedad*. Es magistral y pionera la fenomenología del pudor o la vergüenza, que le plantea al hombre, precisamente en el campo de la sexualidad, la cuestión de su diferencia con el animal, convirtiéndose así en acicate de la búsqueda de lo propiamente humano. Estas páginas no han perdido su frescor, y podrían ser comparadas con las mejores obras de la reflexión actual sobre la relación entre el hombre y el animal². Estos datos fundamentales, al adquirir su dignidad moral, se convertirán en criterios reguladores de la relación del hombre con lo que le es inferior (el mundo animal), con sus semejantes (las relaciones humanas en todos los dominios) y con el principio superior religioso, representado por la tradición.

Característico de esta obra es el hincapié que hace en la independencia de la reflexión moral respecto a la religión positiva, es decir, la afirmación del ámbito propio constituido por la moralidad, que cuestiona ya a cada individuo en el centro de su existencia, exigiéndole el gesto de su libertad y el ejercicio de su dignidad moral antes incluso de su obediencia de fe, aunque con vistas a ella. «La experiencia le había mostrado que los tiempos no estaban todavía maduros para la realización social, eclesial y política, del bien supremo: la unitotalidad. Es por tanto natural que Soloviov fije ahora preferentemente su atención sobre otras dimensiones más ‘personales’ de la obra de justicia que los hombres han de asumir libremente ‘con vistas al Reino’»³. La independencia del

2. Cf., por ejemplo, G. Agamben, *Lo abierto. El hombre y el animal*, Pre-Textos, Valencia 2005.

3. N. Bosco, *Vladimir Solov'ev. Ripensare il cristianesimo*, Rosenberg & Sellier, Torino 1999, 90.

ámbito moral no significa, por lo tanto, indiferencia religiosa. Al contrario: si se afirma la autonomía y la consistencia de las fuentes propias de la reflexión sobre el Bien, es para reforzar la idea de la libertad con la que el hombre ha de colaborar con todas sus capacidades morales en la obra divino-humana del Reino de Dios, que no se impone sin el esfuerzo humano, de acuerdo con la mejor tradición de un san Ireneo. Porque de esto es de lo que trata en el fondo esta monumental justificación del Bien: de la integración libre en el organismo de Cristo, el Hombre-Dios, de todos los ámbitos de la vida.

La profundidad del objetivo que persigue la justificación solovioiana del Bien legitima al mismo tiempo la integración de métodos y de fuentes que presenta esta obra. A nuestra mentalidad occidental, acostumbrada a los compartimentos estancos, esta conjunción de elementos le podría generar una confusión insostenible. En efecto, ¿nos encontramos ante un libro de filosofía o de teología?; ¿estamos ante un nuevo episodio de la tan discutida *filosofía cristiana*?

En realidad, no existe aquí confusión, sino integración, y de gran aliento. Así, junto con la reflexión y la crítica de los más importantes filósofos modernos de la moralidad –entre los que destacan Immanuel Kant, Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche– aparece, sobre el telón de fondo de una visión buenaventuriana de la historia, una serena exposición del desarrollo religioso y evolutivo del organismo viviente hacia la humanidad nueva. Este organismo espiritual constituido por Cristo Jesús y la humanidad nacida de él, logra desarrollar, e incluso superar en realismo y en concreción, las visiones de Teilhard de Chardin, las cuales aparecen aquí integradas en las amplias perspectivas de los Padres griegos.

En este punto se produce una concordancia profunda con las reflexiones de Fiodor Dostoievski. Concretamente, ¿no es acaso Soloviov la figura inspiradora del personaje de Aliosha en *Los hermanos Karamazov*, el hombre íntegro que unifica sapiencialmente la escisión característica de la época moderna?

Por otra parte, conviene no perder de vista que la historia moral de la humanidad ha construido el poderoso fantasma del hombre-dios, el soberano divinizado; pero no es menos cierto que el progreso de la historia no culmina en el poder sublimado, sino en la Encarnación del Dios-hombre, Jesucristo. No en vano, es precisamente ahí donde la moralidad humana lleva hasta su culmen la libertad, que corresponde a su dignidad más profunda. Dicho con otras palabras, la moralidad de cada persona se halla atravesada y posibilitada por la kénosis divina, que transfigura la libertad.

Junto a la discusión de los problemas de la economía, la política, la nacionalidad y el Estado, nos encontramos con una reflexión final sobre los sacramentos, preludio de la estética sacramental o *teurgia* a la que el filósofo dedicó sus últimas meditaciones.

¿Por qué esta acumulación de perspectivas? Porque el mal que amenaza al hombre y a la historia es, en último término, la muerte, pero el Bien ha proclamado su victoria en el acontecimiento central de la creación: la resurrección de Cristo. Esta resurrección permite mirar a la cara a la muerte, poniendo en cuestión todo proyecto de moralidad humana que le dé la espalda o la integre en un sistema totalitario y a la postre impotente, sea el pesimismo budista-shopenhaueriano, sea el optimismo filántropo de Tolstói, sea el vitalismo nietzscheano. Estas moralidades pactan de un modo o de otro con la muerte. Pero el Bien podrá ser justificado no en virtud del compromiso con la muerte, sino mediante su superación, la cual se ha hecho efectiva en el acontecimiento salvífico de la resurrección de Cristo.

Así pues, todo el sistema moral de nuestro filósofo se presenta, más que como una preparación para la muerte, como un proyecto de ascética, estética y organización de la ciudad humana «con vistas a la resurrección». Una verdadera *Ciudad de Dios* que, más allá de la perspectiva agustiniana –pesimista respecto a la posibilidad de una república cristiana en el tiempo intermedio–, se esfuerza por realizar social y eclesialmente el bien natural, el bien humano y el bien divino, «mientras esperamos» la implantación definitiva del Bien, «la venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo». Así pues, Soloviev plantea la organización moral tanto de la vida personal como de la sociedad humana en espera de la resurrección desde una mirada realista y esperanzada. Finalmente, concibe la filosofía y la ética como un gesto litúrgico. Esta perspectiva, que ha sido propuesta en la actualidad por el pensador francés Jean-Yves Lacoste⁴, presenta no obstante en nuestro autor una mayor concreción y realismo de fe.

Confiamos en que *La justificación del Bien*, verdadero y monumental hito del pensamiento ruso del siglo XIX, contribuya en el ámbito de nuestra lengua castellana, tanto en los estudios humanísticos como en los teológicos, a fundamentar algo que necesitamos hoy urgentemente y que, al mismo tiempo, nos resulta tan difícil construir (y construir bien): una filosofía de esperanza.

4. J.-Y. Lacoste, *Experiencia y absoluto. Cuestiones que se encuentran en discusión sobre la humanidad del hombre*, Sígueme, Salamanca 2010.

PARA PROSEGUIR EL ESTUDIO

Bibliografía en castellano

- V. Soloviov, *Teohumanidad. Conferencias sobre filosofía de la religión*, traducción y presentación de Manuel Abella, Sígueme, Salamanca 2006.
- Id., *El significado del amor*, edición preparada por C. Granados y E. Stefanyan, Monte Carmelo, Burgos 2009.
- P. Chaadaev - V. Soloviev - N. Berdiaev, *La idea rusa. Entre el Anticristo y la Iglesia. Una antología introductoria*, Marcelo López Cambronero y Artur Mrówczyński-Van Allen (eds.), Nuevo Inicio, Granada 2009.

Algunas obras de referencia en otros idiomas

- Revista *Istina* 37 (1992), número monográfico dedicado a Soloviov.
- A. Dell'Asta, «Soloviev», en *Communio* 15/3 (mayo-junio 1991) 246-265.
- H. U. von Balthasar, *Solov'ëv*, en *Gloria. Una estética teológica*, 3. *Estilos laicales*, Encuentro, Madrid 1986, 285-347.
- N. Bosco, *Vladimir Solov'ëv. Ripensare il cristianesimo*, Rosenberg & Sellier, Torino 1999; Id., *Vladimir Solov'ëv. Cristianesimo e modernità*, Messaggero, Padova 2005.
- S. Cardellini, *Filosofia dal volto mistico. Edith Stein e Vladimir Solov'ëv*, OCD, Roma 2004.
- D. Stremoukhoff, *Vladimir Soloviev et son oeuvre messianique*, L'Age d'Homme, Lausanne, Suisse 1975.
- M. Tenace, *La beauté unité spirituelle dans les écrits esthétiques de Vladimir Soloviev*, Fates, Troyes 1993.
- P. Valliore, *Modern Russian Theology. Bucharev, Soloviev, Bulgakov. Orthodox Theology in a New Key*, T & T Clark, Edinburgh 2000.

ACERCA DE LA VERSIÓN CASTELLANA

La presente traducción se hace del texto ruso publicado en V. Soloviov, *Sochinenia v dvuj tomaj (Obras en dos tomos)*, Ed. «Mysl», Moscú 1990, tomo 1, 47-580 (Владимир Сергеевич Соловьёв, *Сочинения в двух томах*, Издательство «Мысль», Москва 1990).

Todas las referencias a las obras de Soloviov se harán por esta misma edición cuando se encuentren en ella. En caso contrario, se citarán por la edición de sus *Sobranie sochineni (Obras completas)* en dieciséis

tomos, publicada en Bruselas entre los años 1966 y 1970. Esta edición, a su vez, reproduce la edición de sus *Obras completas* realizada en diez tomos entre 1911 y 1914 en San Petersburgo, aunque añade escritos no incluidos en la anterior, por haber sido publicados originalmente fuera de Rusia a causa de problemas con la censura: *Rusia y la Iglesia Universal*, *La idea rusa*, *San Vladimir y el Estado cristiano*, *Respuesta a la correspondencia desde Krakovia*, y otros (tomo 11); poesías y artículos breves (t. 12); reproducción fototípica de la edición rusa de la *Correspondencia del filósofo* (t. 13-16).

Las notas a pie de página son del propio Vladímir Soloviov. Cuando se trata de notas del traductor, se indica expresamente con las siglas entre corchetes [N. del T.].

LA JUSTIFICACIÓN DEL BIEN

ENSAYO DE FILOSOFÍA MORAL

Dedicado a mi padre,
el historiador Serguei Mijailovich Soloviov,
y a mi abuelo,
el sacerdote Mijail Vasilievich Soloviov,
con el sentimiento de viva gratitud y lazos eternos.

PREFACIO DE SOLOVIOV A LA SEGUNDA EDICIÓN

El fin de este libro es *mostrar el bien como verdad y justicia*, es decir, como el único camino de vida justo y digno de confianza en todo y hasta el final, para todos los que se deciden a elegirlo. Entiendo el Bien *en sentido esencial*; él y sólo él se justifica a sí mismo y justifica la confianza en él. No en balde ante la tumba vacía, cuando es *evidente* que todo lo demás queda sin justificación, escuchamos las palabras dirigidas a este Bien esencial: «Bendito seas, Señor, enséñame tu *justificación*»¹.

En la vida personal, en la social y nacional y en la histórica y mundial el Bien se justifica por sus propias vías, es decir, por caminos de bondad y de justicia. Una filosofía moral fiel al Bien, al comprender estos caminos en el pasado, se los muestra al presente en orden al futuro.

Cuando al haceros al camino tomáis en vuestras manos uno de esos libros llamados «Guía», buscáis en él sólo indicaciones fidedignas, completas y claras para el camino elegido. Este libro no os convencerá de ir a Italia o a Suiza si habéis decidido ir a Siberia, ni os equipará con los medios necesarios para navegar por los océanos, si el dinero os alcanza sólo para ir al Mar Negro.

La filosofía moral no es otra cosa que el indicador sistemático del buen camino en los peregrinajes vitales para las personas y los pueblos; de la exclusiva responsabilidad del autor es la fidelidad, la plenitud y la coherencia de sus indicaciones. Pero no hay exposición de las normas morales, es decir, de las condiciones de la consecución del verdadero fin de la vida, que pueda tener sentido para el hombre que de manera consciente ha elegido no este fin, sino otro completamente distinto. Indicar las estaciones necesarias en el camino hacia lo mejor, cuando se ha elegido a sabiendas lo peor, no sólo es inútil, sino también enojoso y directamente ofensivo, pues hace de recordatorio de la mala elección precisamente en aquellos casos en los que, en la profundidad del alma, esta elección se siente de manera involuntaria e inconsciente a la vez como irrevocable y malvada.

1. Sal 118, 12. (El término «justificación» suele traducirse como «normas», «preceptos» [N. del T.]).

No tengo el más mínimo deseo de predicar la virtud y fustigar el vicio: considero esto para el simple mortal una ocupación no sólo ociosa, sino también inmoral, porque supone la pretensión injusta y orgullosa de ser mejor que los demás. No nos importan aquí las desviaciones individuales, al menos las más fuertes, del buen camino, sino sólo la *elección* general, decidida y decisiva entre los dos caminos morales, cuando tal elección se realiza con plena y clara conciencia. ¿Realiza todo hombre tal elección? Sin duda que no la realizan aquellos que mueren en la infancia, pero ¿es que acaso la mayoría de los adultos han llegado a abandonar la infancia y han alcanzado la claridad de la autoconciencia? Y hay que decir además que, incluso si se ha realizado esa elección consciente, eso no se ve desde fuera: la distinción de principio de los dos caminos no posee todavía ninguna *certeza* empírica ni ningún criterio práctico de *determinabilidad*. He tenido que ver muchas cosas extrañas y singulares, pero nunca me he encontrado en la naturaleza con ninguna de estos dos objetos: el justo perfecto y acabado y el malvado perfecto y acabado. Y toda la verborrea seudomística relativa a cualquier forma externa de división de la humanidad, aplicada en la práctica, en blancos y negros, renacidos y no renacidos, salvados y condenados, me recuerdan sólo la sincera declaración del molinero: «He aquí que en cuarenta años que vivo, no he visto hasta el momento, ni en sueños ni en la realidad, espuelas de cobre en cubos»².

Además de esto, recuerdo las lecciones universitarias que escuché hace ya mucho sobre zoología de los invertebrados y embriología, gracias a las cuales me formé, entre otras cosas, una idea precisa sobre dos verdades bien conocidas: que en los estadios primitivos del mundo orgánico sólo el biólogo especialista, y a veces a duras penas, puede distinguir las formas vegetales de las animales; y que en los primeros estadios del desarrollo embrionario, sólo el especialista embriólogo, y de nuevo a duras penas, puede distinguir el embrión humano del embrión de cualquier otra criatura, incluso del de un monstruo. ¿No sucede acaso lo mismo en la historia y en el mundo moral? ¡También en sus inicios los dos caminos vitales se hallan tan esencialmente cerca que desde fuera no se les distingue!

¿Por qué, no obstante, al hablar del mundo moral señalamos sólo la elección entre *dos* caminos? Pues porque, pese a la abundancia de formas y expresiones de la vida, a la vida misma, a la vida plena que anhelamos y a su immortalización conduce sólo un camino, y todos los demás, tan parecidos a él en un principio, conducen, sin embargo, a la dirección contraria y se van separando de la vida de manera progresiva y fatídica para confluir entre ellos, convirtiéndose al final en un único camino de eterna muerte.

2. Soloviov cita (si bien no literalmente) a A. S. Pushkin, *Escenas de tiempos caballerescos* [N. del T.].

Entre estas dos vías principales hay quien pretende descubrir aún otra, ni buena ni mala, sino natural o animal. El principio práctico supremo de esta vía se expresa del mejor modo en el refrán alemán (que ni Kant ni Hegel conocían): «Jedes Thierchen hat sein Pläsierchen»³. Esta fórmula expresa una verdad incontestable y sólo pide ser completada con otra, igualmente incontestable: «Allen Thieren fatal ist zu krepieren»⁴. Y en fuerza de este indispensable complemento, esta ficticia tercera vía de la animalidad en general se reduce a la misma segunda vía de la muerte⁵. El hombre no puede librarse de ningún modo de este dilema de la elección definitiva entre estas vías del bien y del mal. Pongamos que hemos decidido elegir una tercera vía, la vía animal, ni buena ni mala, sino sólo natural. Pero tal vía lo es precisamente sólo para los animales, y precisamente porque los animales no deciden nada ni eligen entre este camino ni ningún otro, sino que van pasivamente por esa vía única, en la que han sido puestos por una fuerza que les es ajena. Y cuando el hombre *activamente* decide ir por la vía de la *pasividad* moral, entonces claramente miente, realiza la falsedad y la injusticia y se pone de modo evidente, no en la vía animal, sino en aquella (una de las dos vías humanas) que, si bien no al principio, al final se revela como el camino del eterno mal y de la muerte. Pero que esta vía es *peor* que la vía animal se ve con facilidad también ahora. Nuestros hermanos menores, si bien carecen de auténtico entendimiento, están dotados sin duda de una intuición anímica y, en virtud de esta intuición, aunque no pueden avergonzarse con un juicio claro de su naturaleza y del mal del camino que les conduce a la muerte, sin embargo tienden a ello ostensiblemente, de modo palmario añoran algo mejor, que no conocen, pero que intuyen. Esta verdad, una vez expresada con suprema energía por el apóstol Pablo (Rom 8, 19-23) y después repetida con menos fuerza por Schopenhauer⁶, la puede comprobar cualquier observador. Nunca verás en el rostro humano esa expresión de profunda y desesperada añoranza que, a veces y sin motivo alguno, nos mira desde cualquier fisonomía animal. Es decir, al hombre le está vetado quedarse en una autosuficiente animalidad, siquiera porque los animales no son en absoluto autosuficientes. El hombre no puede ser conscientemente un animal; lo quiera o no, tiene que elegir entre las dos vías: o llegar a ser superior y mejor que su fundamento material dado, o hacerse inferior y peor que un animal. Pero lo precisamente

3. Literalmente, «cada animalito tiene su gustito». El sentido del refrán correspondería al español «cada loco con su tema». Soloviev alude con él a la afirmación del bien en sentido puramente subjetivo [N. del T.].

4. Literalmente, «todos los animales están fatalmente destinados a estirar la pata» [N del T.].

5. A la que conduce también la vía del falso superhombre, que la locura del desgraciado Nietzsche ilumina con fuerza. Sobre esto, cf. el Prólogo a la primera edición.

6. A. Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, 1841.

humano e inalienable del hombre consiste no en *qué* llega a ser, sino en el hecho de *llegar a ser*. Y ¿qué gana el hombre con calumniar a sus hermanos menores, llamando de manera mendaz animal y natural a la vía que él mismo ha elegido y que es contraria a la vida y a la naturaleza, la vía de la autoafirmación diabólica en aquello que le está vetado?

* * *

Lo que quiero explicar en este libro ante todo es cómo el único camino del Bien, permaneciendo fiel a sí mismo y, en consecuencia, justificándose a sí mismo, se va haciendo más determinado y pleno a medida que se van complicando el medio vital, natural e histórico. Establecer en el principio moral absoluto la relación intrínseca y completa entre la verdadera religión y una sana política, tal es la pretensión principal de esta filosofía moral. La pretensión es completamente inofensiva, pues la verdadera religión no puede imponerse a nadie y también a toda política le está dada la posibilidad de no ser sana—bajo su propia responsabilidad, se entiende—. Al mismo tiempo, la filosofía moral renuncia decididamente a dirigir de ningún modo a los individuos mediante el establecimiento de cualesquiera normas de conducta externas y absolutamente determinadas. Si en cualquier pasaje de este libro al lector le parece que hay algo parecido a tal «moral», sepa que o no ha entendido correctamente, o yo no me he expresado bien.

Por lo demás, me he esforzado por la claridad en la expresión. Al comenzar a preparar esta segunda edición, durante nueve meses he leído cinco veces todo el libro y he hecho cada vez nuevas adiciones explicativas, menudas y grandes. Pese a que, incluso después de estas correcciones, han quedado muchos defectos en mi exposición, espero sin embargo que no sean de tal guisa que me hayan de exponer a la amenaza: «Maldito el que cumple con negligencia el mandato del Señor»⁷.

* * *

Mientras iba escribiendo este libro he experimentado a veces su utilidad moral; puede ser que esto garantice que mi libro no sea completamente inútil tampoco para el lector, lo que sería ya una justificación suficiente para esta «justificación del bien».

Vladimir Soloviov
Moscú, 8 de diciembre de 1898

7. Jr 48, 10.